

Hacer rodar las palabras

Valeria Heres

Luis Iglesias, pedagogo de bellas ideas; abrazaba la pedagogía de la libre expresión, que se fundaba en la importancia de darle la palabra a lxs niñxs, entendiendo que esto significaba darles la oportunidad de expresarse, de hacerse escuchar y entender. De valorar su propia realidad y su cultura. Lo traigo acá porque en medio de tanta infancia silenciada y silencio sobre la infancia parece imprescindible hacer rodar sus palabras.

Se podrá decir que no es tal la invisibilidad, porque mucho se ha hablado de la escuela y sus tareas, pero justamente ahí tenemos un grave problema hablamos de alumnos y no de infancia, y claro que no son lo mismo. Y estos sí son tiempos de continuidad pedagógica, pero de ruptura del formato escolar, y eso lleva a dejar de lado, por lo menos por el momento, la preocupación porque se constituyan en alumnos.

Vaya desafío el de la escuela construir puentes pedagógicos abandonando el formato escolar, pero que oportunidad histórica la de hacer temblar sus cimientos y reformularse para seguir siendo escuela. Qué potencia debería dar, saber que cada familia y/o pibx espera a la escuela para ayudarlx a vivir estos tiempos. Un cuento, una canción, que llega de la voz de su propia maestra, una consigna breve que dispare la imaginación y la creación, derechos de la infancia tan importante como aprender a leer y escribir. Una propuesta lúdica que contemple su realidad, un juego por ejemplo, con las manos y un hilo. O con las manos sobre el propio cuerpo o con un otro y que el error sea risa y vuelta a intentar. Muchas ideas habrá que parir para que la escuela llegue a todxs y a cada uno, reconociendo singularidades, llevando ternura. Para decirle presente a la infancia se necesita del Estado y siempre, pero siempre de la Escuela.

Pero decía entonces, la infancia no está en los discursos, no está en las calles o por lo menos en la mayoría de las calles o por lo menos la mayoría de la infancia. El juego, esa maravillosa entrada a mundos imaginarios, deja de fluir después de treinta días de encierro, o por lo menos baja su frecuencia. Ese lugar y tiempo del que habla Graciela Montes, que se abren como hueco para dar ocasión al juego, parece obturarse. Seguramente en la mayoría de los casos vuelve a aparecer la ocasión, pero claro, hay un mientras tanto (y a veces muy largo).

Y qué decir de la primera infancia en esta realidad, bebés y niños pequeños con poca posibilidad simbólica de entender el encierro, con gran capacidad para absorber miedos y ansiedades del entorno. Acá otra vez la pandemia, así como desnuda las desigualdades sociales, la violencia machista, las limitaciones de la escuela; desnuda lo agotador y por momentos angustiante que siempre, pero ahora más que nunca, es la crianza solitaria a la que nos condenan nuestras sociedades alejándonos de los lazos de sostén comunitarios.

Urge pensar la infancia, observarla, escucharla. Darle lugar a sus voces, a sus aburrimientos, agobios, miedos, ansiedades; a su necesidad de moverse en libertad. Pero no se trata de un planteo de cada cual con su cría. Sino de dar respuesta colectiva e Institucional a sus necesidades. Empezando por ponerlos como actores de la escena. Luis Iglesias, tomaba de José Martí la idea que “para escribir bien una cosa hay que saber de ella mucho” y agregaba “y de lo que los niños saben mucho es de lo que viven”

Valeria Heres